

1.º de Agosto de 1908. Año V. N.º 111.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.º, entr.º Apartado en Correos n.º 445.

Un asunto misterioso

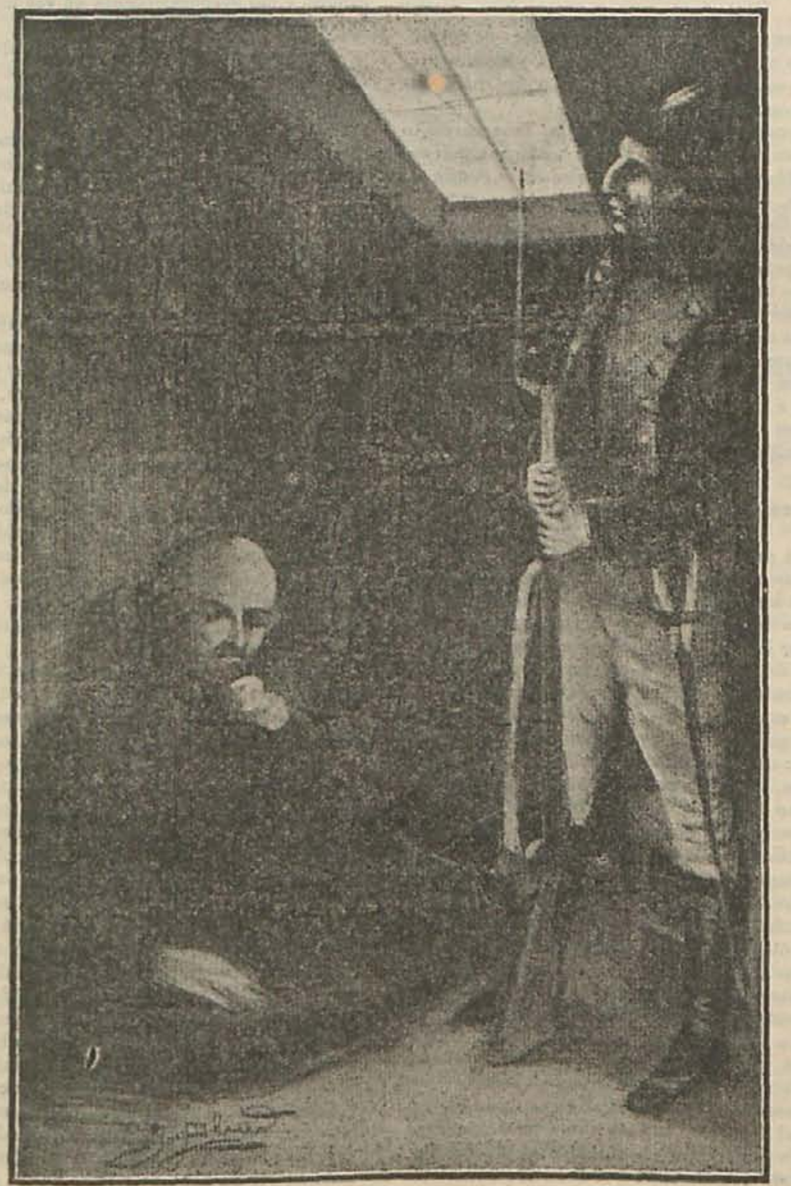
El rapto de un senador

Con el título de *Un asunto tenebroso* conocerán muchos de nuestros lectores una obra del inmortal Balzac; lo que sí es posible que ignoren, es que el asunto de la novela está tomado de un hecho real, ocurrido en el año de 1800 y que, por lo curioso, reproducimos á continuación.

En el otoño de 1800, el senador francés Clement de Ris se encontraba en su castillo de Beauvais, cerca de Azay sur-Cher, á cuatro leguas de Tours.

Vivía contento, confiado y tranquilo con su mujer y su hijo, rodeado de numerosos servidores y compartiendo los días entre sus deberes de castellano, recibiendo á sus amigos de París y de Tours, y la pasividad del propietario dichoso y confiado en el porvenir.

Clement de Ris tenía en esta época cincuenta años. Era un hombre de gran estatura y bien parecido, y antes de la revolución había desempeñado un cargo de importancia con María Antonieta. Con el Directorio y con Napoleón había obtenido un asiento en el Senado, siendo en la época que ocurrió el hecho amigo íntimo y confidente de Fouché, el ministro de Policía. Era rico y se consolaba de pasar inadvertido, porque no había soñado nunca con ser un héroe, cosa peligrosa en tiempos de revolución.



El senador Clement de Ris en su prisión.

Los caballeros misteriosos.

El 6 de septiembre, seis caballeros, armados de fusiles, pistolas y sables fueron apercibidos en una altura. A la entrada de la avenida que conducía á Beauvais había un bosque en el que penetraron los caballeros. Dos transeuntes, intrigados por el aspecto de aquellos señores, les siguieron de lejos, observando que cambiaban de traje; parecía que no tomaban precauciones para ocultarse.

Los trajes de burgueses fueron sustituídos por otros de aspecto militar, que recordaban los que usaban los oficiales vendeanos. Sacaron cartuchos, cargaron las armas y se las distribuyeron; después montaron de nuevo á caballo y quedaron en observación á la entrada de la avenida.

Eran próximamente las cinco de la tarde.

En tanto que los caballeros esperaban, aparecía una berlina en el camino de Tours: era el carruaje de Clement de Ris, que conducía á Mme. Bruleg, una amiga de la familia del senador, que iba á pasar unos días en el castillo.

Se aproximaron los caballeros á la berlina, la escoltaron y penetraron con ella en el patio.

Los caballeros desmontaron de los caballos, penetrando cuatro en las habitaciones y encontrando al senador en el dormitorio de su señora, que se encontraba enferma hacía algunos días; le pidieron todo el dinero, alhajas y plata que tuviese, y Clement, más muerto que vivo, les entregó las llaves.

Los desconocidos cogieron 7.800 francos en oro, un reloj y exigieron al *maître d'hotel* que les entregase la vajilla, dándoles éste veinticinco cubiertos, dos docenas de cucharas, dos cafeteras y nueve platos.

Uno de los hombres volvió á la habitación de la señora de Clement y viendo un reloj de oro en la chimenea, lo cogió y se lo guardó en el bolsillo.

Después se obligó á Clement de Ris á que subiese al carruaje y al cochero á que guiase; montaron á caballo los asaltantes y desparecieron por el mismo camino que habían traído.

Apatía general.

La ejecución de este golpe de mano había durado una hora, una hora durante la cual, ni los aldeanos, ni los criados, ni el cochero, ni los jardineros, ni ninguno de cuantos habían sido testigos del hecho, se atrevieron á intervenir, ni siquiera á protestar.

Bueno es tener en cuenta que en aquella época de revolución, las detenciones estaban á la orden del día y el comentario que se hizo fué que el castillo, antes tan pacífico, había intervenido en *alguna cuestión política*.

La señora del senador estaba desesperada. Transcurrió la noche sin recibir ninguna noticia, y á la mañana siguiente ocurrió lo mismo. Hacia el medio día entró en el castillo el cochero del senador, al que habían obligado los raptores á conducir el carruaje. Este contó que el coche, escoltado por los seis caballeros misteriosos, se había dirigido hacia la ciudad de Athee, á una legua próximamente de Beauvais.

Al llegar cerca de la ciudad, buscaron á un médico, al que obligaron á que les sirviese de guía por el bosque de Loche, y así continuaron otras cuatro leguas. A media noche se encontraban en pleno bosque.

Entonces hicieron descender del carruaje al senador y le obligaron á montar á caballo, como al médico; en cuanto al cochero, le dejaron en libertad con el coche y tomó la resolución de volver al castillo.

Los primeros indicios.

Dos días después del cochero, reapareció el médico, que completó las primeras noticias. A la entrada del bosque, los raptores le vendaron los ojos y no podía, por lo tanto, decir la dirección que habían tomado. Recordaba, sin embargo, que durante toda la noche habían caminado por el bosque. Al alba, oyó decir á Clement de Ris que se le había caído el sombrero, esto ocurrió poco antes de llegar á una casa donde hicieron alto. Para entrar en esta casa, Petit (el médico) había contado tres escalones. Se le quitó la venda y vió que estaba preparada la comida para todos: unas sopas, jamón y alcachofas.

Con estos indicios, la Gendarmería se puso en campaña, encontrando el sombrero del senador, un sombrero redondo, alto, con una hebilla de acero y la escarapela nacional. La casa no podía estar lejos. Entre las más próximas se encontró una que tenía tres escalones para llegar al recibimiento. Al pie de estas escaleras, y entre otros detritus, los gendarmes encontraron unas hojas de alcachofas. ¿Era ésta la casa? La casa se llamaba (y sigue llamándose) *Granja de la Portada*; fué reconocida desde la cueva hasta el sotabanco. Un aldeano, llamado Drouin, vivía con su hija, casada con un tal Lacroix. Los tres fueron interrogados; no se pudo averiguar nada; parecían ignorar por completo lo que se les preguntaba.

Lo único que sacó y presentó la Gendarmería como trofeo fué el sombrero del senador, que remitieron á su señora.

Esta empezó á desesperar de que fuese encontrado su marido, temiendo que el Gobierno tuviese algún interés, alguna razón ignorada de ella para prolongar el secuestro del senador. Este temor se aumentó cuando supo que Fouché (el ministro de la Policía), irritado por la actitud de ella, dió orden de que se la vigilase de cerca.

La odisea del prisionero.

¿Qué había ocurrido á Clement de Ris?

Ya sabemos que el senador no tenía nada de héroe, y desde que fué arrojado al carruaje en compañía de la plata y su dinero, sólo miedo sintió y en gran escala.

Aunque de gran vigor y musculoso, la única, su única protesta consistió en levantar los brazos; pero esta demostración fué reprimida en el acto por el que parecía al jefe de los raptores, dándole un golpe.

Por los cristales trataba de ver á dónde se le conducía. Conocía el país y vió que, al cabo de media hora, se le conducía hacia Athee. ¿Harían allí alto? No. La berlina continuó su camino campo atraviesa. Hora y media después estaba en Sublaine; llegó la noche y continuó el viaje hacia Loches.

Por último, llegaron al valle de Indroie; los caballos no pudieron subir una pendiente con el carruaje, y los raptores desistieron de ello, haciendo descender del vehículo al senador. Sacaron la plata y el dinero y lo repartieron entre todos, hicieron montar á caballo al senador y abandonaron el coche y el cochero.

Clement de Ris, al que era poco familiar el movimiento del caballo, pasó una noche infernal, temiendo al propio tiempo hiciesen con él alguna trastada los bandidos.

Tres veces el jefe de la banda se alejó para reconocer el camino y dió después órdenes en voz baja. El era el único que hablaba.

La lluvia caía á torrentes. A media noche, cuando había ya perdido la noción del sitio por que se le conducía, oyó la voz del jefe ordenando que se le vendasen los ojos, ejecutándose inmediatamente.

Poco después de esto fué cuando perdió el sombrero. Amaneció. Se le hizo desmontar y cuando se le quitó la venda se encontró en un subterráneo, cuyo único mobiliario consistía en una silla de paja y que recibía la claridad por un tragaluz situado en el techo.

Un secuestrado pacífico.

Otro cualquiera se hubiese preocupado, habría interrogado el porqué de su detención. Clement de Ris no se preocupó en enterarse. Dichoso al no montar ya á caballo, cuyo solo recuerdo le ponía los cabellos de punta, se tendió en un montón de paja, sin importarle nada el guardián, que por su parte estaba encantado de custodiar á un prisionero tan pacífico.

Este comportamiento le valió que se le hicieran concesiones, dándole un colchón y una manta de lana. No era comparable con las comodidades del castillo; pero el bueno del senador se daba por contento. La comida era aceptable; pero Clement, escamado por si trataban de envenenarle, pedía huevos á todo pasto. Por último, cansado de este alimento, se decidió á comer de todo y aguardó las consecuencias, viendo que digería perfectamente y preguntándose entonces qué es lo que se proponían con su secuestro.

El techo de la habitación donde se encontraba era muy bajo, obligándole eso á permanecer tendido ó á hincarse de rodillas cuando quería cambiar de postura. Pidió que se le concediese salir de paseo una hora todos los días y se le concedió á condición de que se le vendasen los ojos.

La precaución fué inútil, pues no trató ni una sola vez de enterarse dónde se hallaba, ni mucho menos de fugarse.

Hacía ya diez y seis días que permanecía secuestrado, cuando una noche, tendido sobre el colchón (el 9 de octubre) oyó ruido, levantándose la trampa de su calabozo, escuchando una voz ruda que le ordenaba levantarse, obedeció y fué sacado del subterráneo, colocándole un pañuelo en la vista. Antes había apercibido á cuatro hombres, dos á caballo y dos á pie, armados hasta los dientes y enmascarados. Se le hizo montar á caballo y á buen paso calculó que andarían unas dos leguas.

Sus guardianes conservaban un silencio lúgubre y el senador creyó que había llegado su última hora, y sería muerto por los bandidos, que lo ahorcarían, ó sabe Dios qué procedimiento habían de emplear para quitarle la vida.

Llegaron á un sitio donde los raptores creyeron oportuno descansar; hicieron descender del caballo á Clement de Ris y éste, sin murmurar, obedeció, sentándose en el suelo.

Al cuarto de hora de esto se oyó el galope de varios caballos y una voz próxima á él murmuró:

—¡Hélos aquí!

Como Clement de Ris continuaba con los ojos vendados, no pudo apercibirse de que los que llegaban eran tres, y que después de varios signos de inteligencia con los otros, empezaron á hacer disparos al aire, simulando unos que atacaban y otros que se defendían.

Por último, oyó que le preguntaban:

—¿Quién sois?

— Soy - contestó temblando— quizá la persona que buscáis.

—Buscamos al senador Clement de Ris. Hemos tomado las armas para libertarle.

— El senador soy yo

— ¡Dios sea loado! Estáis libre.

Se le quitó la venda, viendo que no había ningún cadáver ni ningún herido; los que le habían acompañado hasta aquel lugar no estaban; afirmándole sus libertadores que habían huído después del tiroteo sostenido por ambas partes.

Juntos emprendieron el camino del castillo, deteniéndose algunas veces, porque el senador estaba rendido de tantas emociones.

El porqué del secuestro.

Cuando llegó á su casa, fueron á visitarle amigos de todas partes; el prefecto del departamento, las autoridades locales, los guardias nacionales, todos le felicitaron.

Al día siguiente, dió una gran comida. Sus salvadores permanecieron en el castillo dos días. Eran antiguos oficiales realistas, que deseaban congraciarse con el nuevo Gobierno.

Todo tiene su explicación en este mundo. Después del rapto y transcurrido algún tiempo, se dedujo que la detención del senador se había hecho por orden de Fouché, para apoderarse éste de papeles que retenía Clement de Ris y que comprometían al ministro de Policía, probando que había conspirado contra el emperador Napoleón.

Esta fué la versión admitida, aunque sin pruebas concluyentes.

Justos por pecadores.

Si el asunto del secuestro del senador parase aquí, sólo sería motivo de risa. Pero la opinión se había preocupado tanto, que el primer cónsul envió á un ayudante suyo para que averiguase lo ocurrido, no logrando obtener resultado.

Poco después estalló una máquina infernal, y Napoleón recriminó á Fouché por no haber descubierto el complot y censuróle no averiguar otros hechos anteriores, entre ellos el del secuestro del senador.

Fouché vió en peligro su cargo y decidió buscar seis culpables. Tres de ellos pagaron con la vida un delito que no habían cometido: eran el marqués de Cauchy, de veintiocho años; el conde de Manduisson, de veinte, y Etienne Gaudin, caballero de San Luis, de la misma edad del marqués.

¿Por qué se fijó Fouché en ellos? Se ignora; suponiéndose tan sólo que por figurar en la lista de los antiguos realistas.

Inútil fué que Cauchy y Manduisson llevasen diez testigos certificando que el día del secuestro se encontraban á setenta leguas del castillo de Beauvais é inutil también que Gaudin llevase seis, por su parte, que aseguraron se encontraba el acusado el día del hecho en Caen, es decir, á una distancia de cien leguas.

Los debates del proceso empezaron en agosto de 1801 ante un Tribunal especial constituído en Tours. El senador Clement de Ris, su mujer y su hijo fueron citados como testigos. Hubiesen podido reconocer si eran los culpables; pero se negaron á asistir.

Intervino después el Tribunal de casación, anulando la detención, y entonces Fouché envió á los acusados ante jueces más dóciles.

El nuevo Tribunal se constituyó el 22 de octubre del año citado. Aquella vez no fué citada la familia del senador. A pesar de ello, las pruebas favorables eran abrumadoras; pero había que obedecer la orden del ministro, y se dijo: *que si los acusados no habían sido positivamente reconocidos como culpables, habían merecido cien veces la muerte en otras circunstancias.*

Solamente uno de los jueces se indignó, un capitán llamado Viriot, que pagó muy cara su protesta, con una serie de persecuciones, el haber defendido á unos inocentes.

Los demás jueces pronunciaron la sentencia de muerte, y Cauchy, Manduisson y Gaudin murieron en el cadalso.

Familia de monstruos.

Ante el Tribunal de Wurtzbourg (Munich), se está viendo una causa de rara depravación, hasta el punto de que en las primeras sesiones se ha suprimido parte de la lectura de los autos, en interés de la moralidad pública.

Veamos los hechos El herrero Jorge Hœfling, de cuarenta años, se casó en el año de 1900 con la viuda Nickel, que tenía tres hijos, un varón y dos hembras. Hœfling, no tardó en perseguir á la mayor de las hijas, llamada Juana, que contaba entonces diez y seis años, y brutalmente abusó de ella. De este trato incestuoso nacieron sucesivamente cinco niños, de los que tres fueron asesinados, enterrando los cadáveres en la cueva de la casa, donde se descubrieron sus restos más tarde.

Pero Hœfling no se conformó con abusar de la hijastra mayor. Poco después de conseguir sus propósitos con Juana, persiguió á la segunda, Carlota, que tenía catorce años. En 1905 dió á luz ésta un niño en la casa de maternidad, y en 1907 fué madre por segunda vez. Durante este parto estuvieron presentes el herrero y Juana, y esta última cogió por los pies al recién nacido y lo metió de cabeza en un cubo de agua, enterrando después el cadáver en la cueva.

Estos horrores habrían durado largo tiempo, á no ser por Franz Nickel, el hijastro, que supuso un día parte de la verdad, al sorprender una reyerta entre la familia. Dió aviso á la Policía, y el mismo día estaban detenidos las tres mujeres y el herrero.

Juana y Carlota niegan su participación en los crímenes, buscando su defensa en que se vieron precisadas á ceder a las exigencias de Hœfling, que las amenazó de muerte. El herrero, por el contrario, echa la culpa de todo lo ocurrido á sus dos hijastras.

Cinco mujeres para un hombre.

Ha comparecido ante el Tribunal de Policía de Hudersfield (Yorkshire) un tal James Walker, que ejercía las profesiones de médico y pastelero, acusado de haber contraído matrimonio unas cuantas veces.

La primera de apellido Walker, por haber contraído matrimonio con él, conoció á su marido ochos días. Esto ocurría en el año 1892. La durmió una noche suministrándola cloroformo Al día siguiente, habían desaparecido el marido y 2 000 pesetas.

La segunda creyó contraer matrimonio con Lourence, y en plena luna de miel, se encontró sin marido y sin alhajas.

El tercer matrimonio fué en 1907. Tomó otro nombre y robó á su tercera costilla 2.300 francos.

Se convirtió después en John Ford, americano, y se casó con una viuda en Glocester. La felicidad del matrimonio duró exactamente el tiempo indispensable para sacarle á la mujer un cheque firmado, por una cantidad importante.

Por fin, en abril último, bajo el nombre Johnson, contrajo matrimonio con una mujer de Bristol, y este fué el fin de su carrera matrimonial. La Policía pudo descubrir la serie de estafas cometidas, y lo peor es que ahora las cinco mujeres parecen dispuestas á sacarle los ojos al polígamo estafador, el día que recobre la libertad.

En un presidio de Nueva Caledonia se ha formado una banda de músicos, exclusivamente con presidiarios. El director ha cometido varios crímenes, el subdirector mató á su mujer á martillazos y por este orden todos los individuos que forman parte de la banda.

Víctima del deber

Cumpliendo el ofrecimiento que hicimos á nuestros lectores en el número anterior, añadimos hoy algunos detalles al relato hecho acerca del encuentro en la casería del Arco, de la pareja de la Guardia civil del puesto de Granada con el bandido *Pulío*.

El guardia Francisco Casado López tenía treinta y cinco años; llevaba de servicio diez y siete: en el Cuerpo, catorce, y cinco en el puesto de la capital. Era de carácter bondadoso, servicial, querido de sus jefes y compañeros, dócil como un niño. Por concesión de sus jefes, aunque soltero, vivía con su madre, de ochenta y cinco años de edad.

La pobre anciana, desde que supo la noticia el día 4, no se ha movido de una butaca, está como alelada y eso que se le ocultó la noticia de que una hija que tenía en el manicomio de Carabanchel murió al día siguiente de su hijo.

El relato verídico.

Persona que nos merece completo crédito nos relata, por carta, desde Granada, la relación del hecho.

El día 2, el sargento Braojos nombró á los guardias Casado y Méndez para detener al criminal *Pulío*, licenciado de presidio por robo y autor de otro de 20 duros en el término de Cenes. En este pueblo supieron que se hallaba en Huétor Vega; en ambos pueblos estuvieron practicando diligencias hasta el medio día del 3, en que supieron se encontraba en la casería del Arco, situada en la carretera de Jaén y próxima á la Cueva de Molina.



Francisco Casado López, guardia civil muerto en el cumplimiento de su deber.

Desde la carretera á la placeta que tiene frente á la puerta de la casería, habrá unos cincuenta pasos. Cuando los guardias dieron vista á la placeta, vieron á un sujeto que entraba en la casa y preguntaron á dos mujeres que estaban sentadas en la puerta por el *Pulío*, negando ellas que él estuviese allí.

Entonces los guardias manifestaron que iban á llevar á cabo un registro; entraron, y al empujar la puerta de una habitación que hay en la cocina, el criminal sacó el brazo y apuntando con una pistola sistema Remington, hizo un disparo tan certero que atravesó el corazón al guardia Casado.

El criminal volvió á hacer un segundo disparo, que, por fortuna, no hizo blanco, y entonces el guardia Méndez disparó el Maüser, dejando muerto al bandido.

Al ruído de los disparos acudió una cuadrilla de segadores y varios guardas de campo, que le auxiliaron, dando aviso al cuartel de lo ocurrido.

El Ayuntamiento de Granada cedió una fosa á perpetuidad al guardia Casado, y los compañeros costearon los funerales.

La Guardia civil á Granada.

«Si el Cuerpo de la Guardia civil en general y la Comandancia de Granada en particular no hicieran pública la profunda gratitud que deben al pueblo de Granada, ante las manifestaciones de consideración y simpatía de que está dando prueba por el desgraciado accidente que ha privado de la vida al guardia Casado, sería una demostración, imperdonable, de no sentir los agradecimientos que en esta ocasión adeuda á la cariñosa ciudad, sin distinción de clases sociales.

Por las narraciones de la prensa, son conocidos los hechos con toda exactitud.

No compete á la Guardia civil hacer la crítica de ellos para que sean juzgados cual corresponde: ante sagrada misión, ha sucumbido el guardia Casado; el compañero de pareja, guardia Méndez, cumplió con su obligación dando muerte al alevoso criminal *Pulío*, librando así principalmente á esta honrada comarca de las fechorías que á buen seguro hubiera aquél ejecutado, de conseguir su evasión. Aquéllos eran soldados y llenaron cumplidamente su misión, por esto sólo se les debe el respeto que corresponde á todo acto digno.

El Instituto perdona al desgraciado criminal El pueblo, las Autoridades civil, militar y eclesiástica, Corporaciones, la Prensa y particulares están haciendo llegar ofrecimientos á la Comandancia, con el propósito de honrar la memoria del guardia Casado y dignificar el comportamiento de su compañero Méndez, y son aquéllos tan espontáneos y saturados de tal simpatía, que los jefes, oficiales é individuos de dicho Cuerpo se sienten tan orgullosos y agradecidos, que, sirviéndoles de medio las columnas de la prensa local, que con tan penoso trabajo y tal benevolencia ha hecho las informaciones, quieren hacer público su testimonio de profundo reconocimiento, demostrando á Granada que el Instituto de la Guardia civil sigue fiel á su tradición, cuyos emblemas son el honor y la gratitud.»

Dos instancias.

No estando previstos en las disposiciones vigentes sobre derechos pasivos, los casos como el de la muerte del desgraciado guardia civil Francisco Casado, se ha promovido una acción popular para suplicar á las Cortes la concesión de derechos pasivos para la madre y hermana, que quedan en el mayor desconsuelo y en el más completo desamparo.

«SEÑOR:

Los que suscriben, vecinos de la ciudad de Granada, tienen la alta honra de elevar á V. M. la adjunta instancia sobre reconocimiento á la memoria del guardia civil Francisco Casado López, muerto en el cumplimiento de su deber, y por lo que se solicitan derechos pasivos para su madre Ana López Serrano y su hermana Caridad Casado López.

Si los magnánimos sentimientos de V. M. la encuentran justa, y se digna darla á conocer á las Cortes por medio de vuestro Gobierno, la ciudad de Granada que dará altamente reconocida.

Granada, á cuatro de Julio de mil novecientos ocho.

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.

José Gómez Tortosa, por el Ayuntamiento; Modesto López Iriarte, por la Catedral; Juan Sedeño Fernández, por la Universidad de párrocos; Juan Hurtado, por los propietarios; Enrique Santos, por los banqueros; Jerónimo Vida, por los abogados; Gregorio Fidel Fernandez Osuna, por los médicos; Paulino Ventura Sabatel, por la industria; Francisco de Paula Valladar, por los empleados, y Eduardo López del Hierro Gutiérrez, como interesado por la familia.»

«A LAS CORTES:

Ayer, en una casa de campo, próxima á la ciudad, yendo en persecución de un ladrón la pareja de la Guardia civil, compuesta de Francisco Casado López y José Méndez Valenzuela, y con ocasión de un registro practicado con gran celo por el guardia Casado López, fué agredido de un disparo del criminal, quedando muerto en el acto; el otro, Méndez Valenzuela, con entereza ejemplar, supo vengar la muerte del compañero, matando al agresor.

Los vecinos de Granada no deben permanecer inactivos ante los referidos hechos; y por eso, se honran en

demandar para los meritísimos guardias la recompensa que merecen.

Del Méndez Valenzuela ya se ocupa la Jefatura de esta Comandancia, instruyendo el oportuno expediente, que logrará éxito; pero no pudiéndose hacer lo mismo con el infortunado Casado López, el cual mantenía á su madre Ana López Serrano y ayudaba á los gastos que su hermana Caridad Casado López ocasionaba en un hospital, donde era recluída por demente, cree la ciudad de Granada ejercer un acto de justicia invocando los generosos sentimientos de los miembros que forman las dos Augustas Corporaciones Colegisladoras, para que tomen acuerdo en favor de ambas desgraciadas, concediéndoles pensiones vitalicias.

Los solicitantes requieren la valiosa ayuda del ilustre senador D. Demetrio Alonso Castrillo, iniciador de la laudable idea con motivo de la muerte del guardia Poveda, de Barcelona, y se acogen al mismo tiempo á las previdentes determinaciones del Gobierno que preside el Excmo Sr D. Antonio Maura, á cuyos laureles une el beneplácito con que oyó el otro día en el Senado la indicación del Sr. Alonso Castrillo.

¡Sano y edificante es que un país sea pródigo en recompensar los sacrificios generosos!

Granada, cuatro de Julio de mil novecientos ocho.»

Esta solicitud llevaba las mismas firmas.

Bajo el Terror

Una evasión célebre

Conocido es, sobradamente, el asalto de las Tullerías por el pueblo francés revolucionado, la desesperada defensa de las tropas que guarnecían el palacio, que pagaron con su vida el oponerse á los deseos de los descamisados, ávidos de sangre.

Champcenets, gobernador de las Tullerías, realizó todos los esfuerzos imaginables; pero disponía de escasos elementos, gracias á los decretos de la Asamblea y á imprevisión de la Corte.

En efecto; cuando se pensó en conducir al rey á Normandía, se envió uno de los batallones suizos al camino de Rouen, quedando en París unos ochocientos hombres en el cuartel de Courbevoie, y un número próximamente igual de nobles devotos de la familia real. El resto de las tropas, la Gendarmería y la Guardia nacional, estaban á las órdenes de Usandat, y el desdichado fin de éste hizo que sus disposiciones, muy acertadas, para la defensa, no se pusiesen en práctica.

Luis Pedro de Champcenets, que había nacido en 1748, y era capitán de Dragones cuando fué nombrado gobernador de las Tullerías en 1789, poco después de la vuelta del rey, hizo con sus tropas una desesperada defensa, que sólo sirvió para aumentar el número de víctimas del Terror.

Las tropas combatieron hasta que la familia real abandonó las Tullerías. Los que resultaron ilesos, fueron decapitados por las turbas, y las cabezas paseadas en picas por la ciudad.

Champcenets, que había permanecido al lado de los reyes hasta el último momento, se dió cuenta de que con aquel uniforme era sobradamente conocido, y sería el primero en quien se desatasen las iras populares, sin prever lo que podría acontecerle después.

Se arrojó por una ventana al jardín, cuyo piso estaba cubierto de muertos y heridos. El calor era tal, que á las pocas horas, los cadáveres y las heridas de los que aún permanecían con vida, despedían un hedor insoportable; resistiendo ese espectáculo, tendido, sin hacer un movimiento, entre muertos y heridos, permaneció Champcenets todo el día.

Por la noche, un guardia nacional, que examinaba los muertos y los heridos, descubrió al gobernador de las Tullerías, le dió un uniforme suyo y le recomendó que escapase lo antes posible, si no quería ser asesinado, condoliéndose de no poder ayudarle en tal empresa.

Champcenets salió del jardín, fatigado, enfermo, muerto de hambre, de calor y de sueño. Al llegar á la calle de l'Echelle, le era imposible dar un paso más. Una mujer que estaba á la puerta de una tienda, tomándole por un guardia nacional, le hizo entrar. Dijo él que era inglés, y que la curiosidad le había conducido al palacio, donde las turbas le habían maltratado, y un guardia le había prestado su uniforme. Añadió que no había comido nada en todo el día, y le suplicó le diese una corteza de pan y un trago de aguardiente.

Como hablaba con acento inglés, la mujer le creyó; pero le aconsejó que se alejase lo más pronto posible, porque su marido estaba para llegar de un momento á otro, y como jacobino furibundo, detestaba á los nobles.

Añadió que su marido había estado todo el día matando guardias suizos y nobles, y que no escaparía con vida si llegaba á encontrarle.

Apenas había dado la mujer el pedazo de pan, se presentó el marido, teniendo apenas tiempo de ocultar á Champcenets detrás de un armario y detener á su marido en la puerta, diciéndole que un amigo suyo le esperaba en una taberna próxima. En cuanto se alejó, puso á Champcenets en la calle sin decir una palabra.

La noche avanzaba y Champcenets pensó en dirigirse á la Embajada inglesa donde, por lo menos, podría pasar la noche. Lord Gower vivía en el boulevard Saint-Germain, pero su calidad como diplomático le imponía ciertas obligaciones, y no pudo recibirlo. Un hombre á caballo había lanzado su pregón, prohibiendo, bajo pena de muerte, que nadie albergase en su domicilio á los que estuviesen proscritos por haber estado con el rey en las Tullerías, y esto se hacía muy especialmente por el gobernador del castillo. Así, pues, lo único que pudieron hacer por él fué darle otras ropas.

Cuando el desdichado salió de la Embajada, no tenía idea de lo que iba á hacer. Por último, se acordó de madame Meyer, antigua conocida suya, y dando grandes rodeos para no caer en manos de los sediciosos, llegó al domicilio, que estaba en la calle Enere. Ella se asombró de ver en el estado en que se encontraba, y decidió ocultarle aquella noche, ayudada por su criada. Para no despertar las sospechas del portero, que había abierto la puerta, bajaron la escalera, abrieron la puerta de la calle y simularon despedirle, subiendo después los tres á la habitación.

Al día siguiente, se repitieron las mismas escenas en París. Se repitieron las proclamas contra el gobernador de las Tullerías, el príncipe de Poix y otros.

Madame Meyer no sabía qué hacer con el prisionero, y no podía, por otra parte, seguir ocultándole más tiempo.

Entonces se acordó de una íntima amiga suya, una inglesa, llamada miss Elliott, y que, por ser extranjera y sus relaciones con la familia de Orleans, disfrutaba de gran influencia.

Encontrábase en Meudon la joven inglesa cuando recibió la carta de su amiga, en la que le decía que urgía su presencia en París para salvar la vida de una persona desgraciada.

Presentóse en París miss Elliott, y quedó asombrada al ver que la persona que se trataba de salvar era Champcenets, á quien ella, como otras muchas personas, suponía muerto en la defensa de las Tullerías.

El exgobernador de las Tullerías, con una fiebre alta, no podía apenas sostenerse, y calculó miss Elliott que, de no salvarle aquella misma noche, se haría muy difícil conseguir que no cayese en poder de las turbas.

Ya de noche salieron ambos de la casa y montaron en un cabriolé, previamente buscado, y se dirigieron á la barrera de Vaugirard, donde les prohibieron el paso. Suplicó ella á los guardas de la barrera, manifestando que, por su calidad de extranjera, no disponía de alojamiento en París, y le respondieron que buscase albergue antes de las diez, porque á esa hora estaba terminantemente prohibido que circulasen carruajes por las calles.

En vano intentaron salir por otros puntos. La con-

signa era estrecha, y ni el pasaporte, ni la calidad de extranjera, le sirvieron de nada en aquella ocasión.

Las diez habían dado y el cochero, con la grosería del populacho de aquel período, obligó á saltar á tierra á Champcenets y miss Elliott, saliendo disparado con el coche. No era eso lo peor. La fiebre había aumentado al exgobernador de las Tullerías, que cayó al suelo falto de fuerzas.

Aquí empezaron una nueva peregrinación. Apoyados uno en otro, y procurando no ser vistos, se dirigieron á casa del jardinero de ella; pero apercibieron una patrulla y fué preciso que variasen el itinerario.

Por fin, después de no pocos rodeos, llegaron á los Campos Elíseos, donde miss Elliott tenía su residencia de París, y para no despertar sospechas en la servidumbre, entró sola, diciendo á Champcenets, que le avisaría cuando pudiese entrar, pues la cocinera era una furibunda jacobina.

Pidió á ésta que le comprase, al precio que fuese, un pollo y pan, que estaba desfallecida, y en este momento se presentó Champcenets que había penetrado en el jardín huyendo de una ronda.

Afortunadamente, la cocinera no se apercibió del complot entre su ama y el realista, que fué conducido al dormitorio de miss Elliott y ocultado entre los colchones de la cama, acostándose ella después, para disimular mejor la presencia del proscrito.

Momentos después se presentaba una ronda en el domicilio, haciendo un minucioso registro y penetrando en la alcoba, pidiendo á la dueña de la casa que se levantara. Se excusó ésta como pudo, teniendo grandes atenciones para la patrulla, y consiguiendo su objeto de que no registrasen el lecho; pero los descamisados continuaron el registro, y tardaron más de cuatro horas en abannonar la casa.

Entonces se vistió mis Elliott, y ayudada por su doncella, sacaron á Champcenets semiasfixiado, auxiliándole. Arreglaron una cama en la misma habitación y le acostaron. Al día siguiente, Champcenets tenía más fiebre y deliraba, constituyendo esto para ellos una nueva complicación. Discutían lo que habían de hacer, cuando anunciaron la visita del duque de Orleans.

Contó á éste miss Elliott cuanto había ocurrido, proponiéndole que ocultase á Champcenets en su casa ó le hiciera salir de París. Opuso dificultades, por disgustos antiguos y resentimientos del duque con el exgobernador; pero al cabo pudo convencerle, y convinieron en que Champcenets permaneciese oculto en casa de miss Elliott hasta que las barreras volviesen á abrirse. Este día salieron los dos para Meudon sin despertar sospechas. Por último, y gracias á la intervención del duque, Champcenets pudo tomar la diligencia á Saint Denis por 50 luises, y marchar á Boulogne, desde donde se dirigió á Inglaterra, donde murió algún tiempo después.

No es este el único episodio digno de referirse del período que abarca la Revolución francesa; otro día relataremos otros que son casi desconocidos y tan interesantes como el que damos hoy á nuestros lectores.

Gente maleante



Antonio Aduna Olivet (a) *El Americano*. Carterista.



Enrique Lluch Pairo (a) *El Miquelet*. Carterista.

Drama en un cuerpo de guardia.

Un terrible drama se ha desarrollado el domingo último, por la tarde, en el cuerpo de guardia del fuerte de Sainghin-en Melantois, cerca de Lille.

Dos cazadores de Infantería, Ryckebusch y Kervel, acuartelados en el fuerte, habían invitado á una partida de campo á las hermanas Carolina y María Jacob, de veinte años de edad, y al obrero Alfonso Ledoux. Antes de visitar el fuerte habían almorzado.

Después de medio día, Ryckebusch, novio de Carolina, y Ledoux, novio de María, dieron un paseo haciendo grandes proyectos para el porvenir. Para terminar el día, las dos invitadas entraron en el cuerpo de guardia, del brazo de sus novios. Iban á marcharse para dirigirse á sus casas, cuando Ledoux tuvo la mala idea de coger un fusil Lebel.

—¡No toques eso—dijo Carolina emocionada—, que es peligroso andar con armas de fuego!

Ryckebusch la tranquilizó, diciendo que Ledoux conocía el manejo del arma, por haber servido en el Ejército durante tres años. Su novia deseó entonces conocer una bala. Ryckebusch sacó una de la cartuchera y la tendió á Ledoux. Este, imprudentemente, la colocó en el fusil y apuntó á las jóvenes. Un movimiento nervioso le hizo dar al gatillo, saliendo la bala y atravesando el cráneo á las dos mujeres.

Ledoux, loco de dolor, intentó atravesarse con una bayoneta.

Los cadáveres de Carolina y María quedaron en el cuerpo de guardia hasta que llegase el Juzgado instructor. Ledoux ha sido detenido por la Gendarmería de Cysoing.

En Viena, se utiliza frecuentemente el fonógrafo, cuando se toma declaración á los criminales.

La Francia de Napoleón

Las escuelas militares

Los ministros de la Guerra de los diferentes países han prestado siempre gran atención á lo que se refiere á enseñanza militar é instrucción del Ejército.

Napoleón, el famoso emperador, no podía menos, dado su espíritu guerrero, de ocuparse con preferencia de las escuelas militares, y creyendo de interés este asunto para nuestros lectores, á continuación damos un extracto de las enseñanzas y colegios de los militares en aquella época.

Bajo el Imperio, se podía ingresar en el Ejército de tres modos: enganchándose como soldado, que era la más sencilla y menos cara; enganchándose en los *vélites*, ó solicitando el ingreso como alumno en la escuela militar de Fontainebleau.

Los *vélites* fueron creados por decreto de nivoso del año XII, formándose dos Cuerpos de á ochocientos hombres, que se acuartelaron en Saint Germain, Ecouen y Fontainebleau. Estos Cuerpos eran como especie de escuela donde no se podía ingresar sin justificar una renta de 800 francos, cuando menos. La mayor parte de los *vélites* al terminar la enseñanza eran nombrados subtenientes de los distintos regimientos del Ejército.

La renta exigida no tenía otro objeto que conseguir que los que ingresasen perteneciesen á la burguesía.

La escuela militar de Fontainebleau abría sus puertas á los alumnos, mediante 1 200 francos al año; pero la multitud de jóvenes que acudían, hacía que muchos se alistasen en los *vélites* para no esperar largo tiempo el ingreso; era más penoso, porque se tardaba más tiempo en alcanzar la charretera, lo que hacía que muchos de los *vélites* pasasen á la escuela de Fontainebleau.

Otra escuela militar existió, llamada de *Mars*, creada por decreto de 12 prairal, año II (1.º de junio de 1794), y bajo la inmediata inspección del Comité de Salud Pública; pero fué disuelta en 23 de octubre del mismo año.

En 28 de enero de 1803, Napoleón, contemplando las disposiciones de mayo y diciembre del año anterior, instituyó definitivamente una escuela especial militar, asignándole como local el castillo de Fontainebleau.

Los alumnos eran admitidos de diez y seis á diez y siete años con sólo que tuviesen la instrucción primaria y al ingresar eran considerados como soldados del Ejército.

Al mismo tiempo que recibían la enseñanza, hacían prácticas de batallón, seguían los cursos de geografía, historia militar, tiro, fortificación, dibujo lineal, artillería y administración.

En principio, el programa era muy parecido al que rige actualmente en la escuela de Saint Cyr.

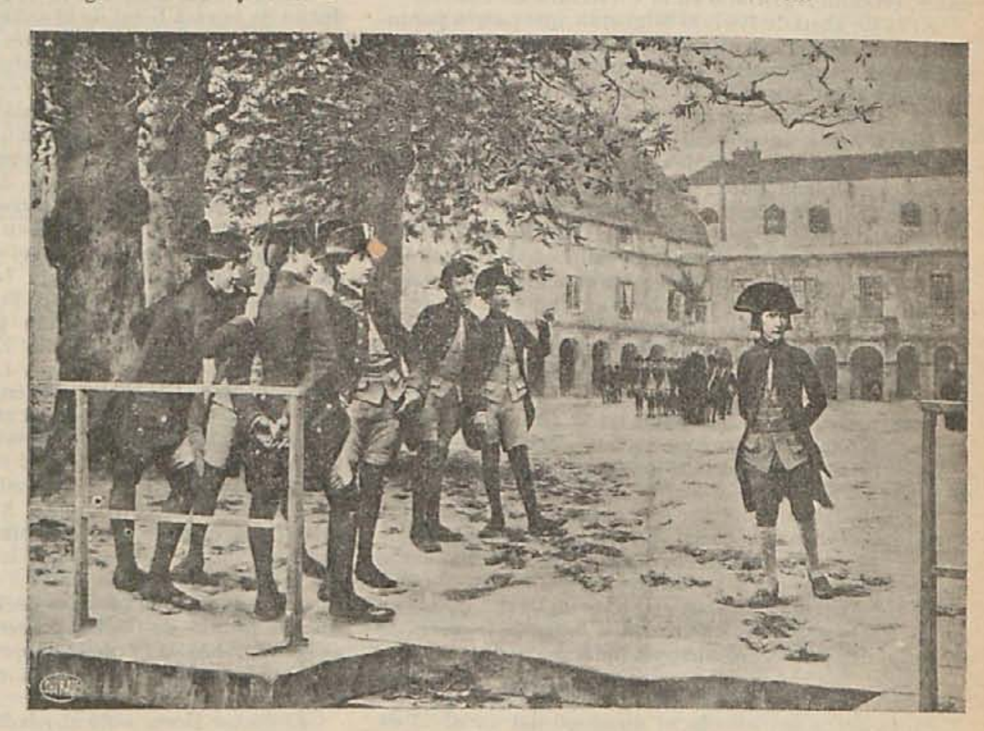
En los primeros años de su fundación se admitían cien alumnos.

Cuando la distribución de banderas al Ejército, se entregó una á la escuela, que llevaba la siguiente inscripción en un lado:

EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES
Á LOS ALUMNOS
DE LA ESCUELA IMPERIAL ESPECIAL
MILITAR

y en el otro llevaba la siguiente divisa:

SE INSTRUYEN PARA VENCER



Napoleón en la Academia militar.

Al terminar el primer año, los alumnos eran declarados aptos para mandar dos compañías, y pasados dos años debían hallarse en condiciones de mandar un batallón. En realidad, de 1806 á 1808 el número de alumnos que terminó la instrucción fué muy escaso

El emperador, que necesitaba tantos oficiales como soldados, solía llamarlos al Ejército á los pocos meses de ingreso en la escuela. Después de Jena, Napoleón hizo oficiales á doscientos alumnos y algunos meses más tarde el ministro dió orden de que ascendiesen á suboficiales todos los que estuvieran examinados.

El régimen de la escuela, por lo que respecta á la comida, era detestable, y se reducía á carne de vaca cocida y un plato de legumbres, dos veces al día.

El uniforme consistía en traje azul con pestañas escarlata y vueltas blancas, polainas blancas y chacó con pompón tricolor. A fines de 1807, cuando Napoleón pensó en restaurar Fontainebleau para pasar allí algunos meses todos los años, se estudió el medio de trasladar la escuela, y por decreto de 24 de marzo de 1808 el emperador decidió que se trasladase á Saint-Cyr desde el 1.º de julio del mismo año.

Por esta relación sucinta se ve que si bien los programas diferían poco de los que rigen actualmente, en cambio, las necesidades de la guerra hacían que la inmensa mayoría de los oficiales ingresasen en el Ejército con una cultura militar muy mediana.

En la escuela de Fontainebleau, la más importante de entonces, se tocaba diana á las cinco. Los cursos de historia, geografía, matemáticas, dibujo y fortificación duraban una hora y se alternaban con cuatro horas de ejercicio, para que el trabajo diario no fuese monótono.

De todas las enseñanzas, la que mejores resultados daba era la de ejercicio. Las novelas estaban terminantemente prohibidas, y los profesores tenían buen cuidado de recoger todas las que veían en las salas de estudio. Esto se llevaba hasta la exageración. Una vez por semana, los alumnos iban al bosque de Fontainebleau, donde levantaban planos ó hacían ejercicios de cañón.

Con estas notas basta para que nuestros lectores se formen una idea de la enseñanza militar del tiempo de Napoleón, enseñanza deficientísima y de la que el capitán del siglo se quejó amargamente en más de una ocasión.

Crimen de un sátiro.

Clemencia Antonieta Genoveva Mignaton había nacido en París el 15 de noviembre de 1884, en el distrito 14.º Desde hacía tiempo ejercía la prostitución, y más de una vez su nombre había figurado en procesos sensacionales, estando registrado en la Prefectura de Policía.

El 15 de abril de 1907, la Mignaton, que pasaba por tener vicios especiales entre otras de sus compañeras y era amiga íntima de una tal María Aune, próximamente de su misma edad, y que no la abandonaba ni de día ni de noche, fué causa de una sangrienta tragedia.

María Aune no consentía, en modo alguno, que su amiga se separase, y más de una vez había producido escándalos en plena calle, por suponer que la Mignaton pensaba abandonarla.

La noche á que nos referimos, una joven llamada Burtey se aproximó á Clemencia para ofrecerle bombones y un *bouquet* de violetas, y entonces María Aune se precipitó sobre su rival y le clavó un puñal en el pecho.

Vista la causa, María Aune fué condenada á ocho meses de prisión. Al cumplir la condena se dedicó á buscar á su antigua amiga, y juntas pasaban la mayor parte de las noches.

Esta amistad, que ya había sido fatal para María Aune, molestaba al hermano de ésta, José Aune, que se propuso hacer la corte á la Mignaton con el solo objeto de separar á las amigas.

Agotada físicamente por una enfermedad, la Mignaton llevaba camino de tísica. Erraba por el boulevard de Sebastopol arrastrando su cuerpo delgaducho y llamando con su voz cavernosa á los transeuntes.

Cuando se cansaba, se sentaba en un banco, donde su amiga María Aune iba á buscarla, á pesar de la cólera de su hermano, y la consolaba con palabras cariñosas.

Jorge el magnetizador.

En la noche del sábado al domingo del 26 al 27 de junio, á las once y media, la Mignaton se encontraba, como de costumbre, en el boulevard de Sebastopol con María Aune. Estaban en el terreno de las confidencias. Clemencia había tenido poca fortuna aquella noche: su portamonedas no contenía más que cuatro francos y cincuenta y cinco céntimos.

—Sé que podría ganar oro y pasar el verano en cualquier punto de la costa ó del monte; pero para ello tendría que consentir en un sacrificio que me repugna y hace temblar.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres?—preguntó María.

—Sí—continuó Mignaton bajando la voz—; he encontrado á un hombre, un cliente poderoso y rico; me ha ofrecido costearme la comida y otras muchas cosas. Con dinero que me ha dado me he comprado este traje y este sombrero.

El ha ensayado dormirme en distintas ocasiones; pero sea que yo estuviese excitada por la bebida ó nerviosa, los ensayos de este hombre no causaron en mí sino un efecto limitado.

—¿Cómo se llama?

—Me dijo que se llamaba Jorge, y como le preguntase por qué tenía tanto empeño en magnetizarme, me respondió, después de mirarme fijamente un momento:

—Tú no consentirías en acceder á lo que yo deseo, por eso quiero dormirte, para hacer mi voluntad después. Si, por el contrario, accedes á mi deseo, estarás á cubierto de la necesidad, y por mucho tiempo...

Aquí llegaban de la conversación las dos amigas, cuando pasó un amigo de María Aune. La compañera de la Mignaton se alejó durante media hora del boulevard.

Cuando á media noche volvió al banco, la Mignaton había desaparecido.

Estrangulada y mutilada.

El domingo, á las nueve de la mañana, M. Belcayre, dueño de la casa-hotel de la calle de Quincapoix, número 9, se presentó en la Prefectura y pidió hablar con monsieur Lepine, comisario del distrito.

El hostelero manifestó que en una habitación del segundo piso, que había alquilado la noche antes, había amanecido el cadáver de una mujer. La habitación la había ocupado una pareja, y el hombre representaba tener unos treinta y cinco años.

Lepine, acompañado del secretario, del doctor Horm y del denunciante, se personó en el lugar indicado.

La mujer que había hecho el descubrimiento macabro era la camarera Luisa Roumig. La muerta, que se había hecho inscribir con el nombre falso de Enriqueta Lemoine, fué identificada en seguida gracias á los papeles que se le encontraron en el bolsillo. Era Clemencia Mignaton, y vivía en la calle de Geoffroy-Lasnier, núm. 24.

En cuanto al hombre, que había dado el nombre de Gerardo, se había marchado al amanecer.

En la habitación no se notaba desorden alguno. La víctima estaba en el centro del lecho, con los brazos á lo largo del cuerpo; tenía la mirada congestionada y como con expresión de sufrimiento. Antes de abandonarla su misterioso compañero, se había apresurado á extender un trapo sobre el cuerpo, que lo ocultaba cuando la camarera entró por la mañana.

Lepine hizo que prestase declaración el dueño de la casa de la calle de Geoffroy Larnier, que dijo que la Mignaton había salido diciendo que no se encontraba buena y que sentía dolores abdominales y contracciones de estómago.

El doctor Horm notó alrededor del cuello, particularmente á la altura del glotis, trazas sospechosas, que fueron atribuídas á la presión del cuello de la blusa, que la Mignaton llevaba siempre muy ajustado.

La muerte de la Mignaton se creyó, en un principio, natural, hasta que por la autopsia se descubrió que se trataba de un crimen.

Detalle extraño: la difunta estaba completamente rapada, y había sufrido mutilaciones que por respeto á los lectores no consignamos.

En la autopsia se vieron en el cadáver numerosas trazas de violencia, equimosis alrededor del cuello, y, especialmente, dos señales de dedos en la región faringiana; los tejidos cartilaginosos de la laringe y garganta habían sufrido magullamientos, próximos á la fractura.

En el informe del médico se decía que la muerte había sido causada por estrangulación con los dedos, y añadía:

«La difunta tenía varias enfermedades abdominales, que habían provocado una anemia profunda; el asesino, que debe ser sádico, no ha tenido sino que hacer una ligera presión para determinar la muerte de su víctima, que en aquel momento estaba en un gran estado de ...»

¿Quién es el autor?

Desde luego, se señala al que dió el nombre de Gerardo, y que se supone no es otro que Jorge el magnetizador, nombre que tampoco es el suyo verdadero, pues, según los informes recogidos por la Policía francesa, el sujeto vive en París y pertenece á una de las familias más honorables de la capital de la República.

Una ogresa en 1825.

De la revista francesa *Touche à Tous*, traducimos el artículo siguiente, de crímenes cometidos en el año 1825 en Francia y que recuerdan los cometidos recientemente por Juana Weber, la matadora de niños.

* * *

A fines de 1824, un crimen extraño, inexplicable, conmovió la opinión en París. La mañana de un domingo, en el bosque de Vincennes, un hombre había asesinado á cuchilladas á dos niños que se paseaban con su madre. Este hombre se llamaba Luis Augusto Papavoine; era un antiguo dependiente de la Marina, que, hasta entonces, no había mostrado instintos sanguinarios. No estaba loco. Sus palabras, sus actos, su vida anterior, las declaraciones de testigos le favorecían. No había razón alguna que justificase el crimen. No conocía á los niños que había matado; era la primera vez que los veía. En la Audiencia declaró que un deseo independiente de su voluntad le había impulsado á ser asesino.

—Tenía una especie de fiebre, mis ideas no eran claras; no sabía lo que me hacía.

En vano el defensor pretendió que su defendido estaba loco, que no había nada que justificase el crimen. El Jurado condenó al criminal y Papavoine fué ejecutado en la plaza de Greve el 25 de marzo de 1825.

* * *

Ocho meses después, y cuando aún no se había borrado el recuerdo de los infanticidios cometidos por Papavoine, un nuevo crimen de esta índole conmovió á los parisienses.

El asesino, esta vez, era una mujer, y la víctima, una niña de diez y nueve meses.

El 4 de noviembre de 1825, Enriqueta Carnier, criada del hotel situado en la calle de Pepinière, núm 52 duplicado, bajó a la frutería de Belon, establecida en la casa inmediata.

Enriqueta Carnier tenía veintisiete años, era alta, morena, de carácter poco comunicativo y taciturno; había contraído matrimonio á los diez y nueve años con un tal Berton, hombre de malas costumbres, que la abandonó á los cuatro meses de casarse.

Entonces se dedicó á servir, y todos los amos atestiguaban su fidelidad y buen comportamiento. Era muy cariñosa, particularmente con los niños.

A principios de 1825 el carácter de Enriqueta cambió por completo. Con anterioridad era alegre, y, de pronto, se volvió taciturna, inquieta Una vez había intentado suicidarse. La señora Fournier, su última ama, le preguntó muchas veces á qué obedecía aquel cambio, sin conseguirlo.

El día que mencionamos, y ya en la frutería, se quejó de tener que pasar el día sola en la casa, porque los señores estaban en el campo, y, al mismo tiempo, se lamentó del carácter de la señora, diciendo que la regañaba por la cosa más insignificante.

—Si pudiérais buscarme una colocación de niñera. ¡Tanto como me gustan los niños!

Y diciendo esto, cogió á la hija de la frutera, que tenía diez y nueve meses, y empezó á besarla.

—Déjemela usted un rato, la traeré en seguida.

La madre dudó Su instinto parecía hacerle temer algo que pudiera ocurrir á su hija. Pero llegó el marido y consintió en que se llevase á la niña.

Al entrar Enriqueta en el hotel se dirigió á la cocina, situada en el piso bajo, abrió un cajón de la mesa y sacó un cuchillo. Después se dirigió á su cuarto, situado en el último piso.

La mujer del conserje le dijo bromeando:

—¿Es de usted ese niño?

—No, desgraciadamente; no he tenido hijos.

Y subió la escalera, estrechando á la niña y besándola.

Entró en su habitación, cerró la puerta con cuidado y colocó á la Fanny (la niña) en la cama. La miró fijamente algunos instantes, la abrazó y, después, cogiendo el cuchillo, lo hundió en la garganta de la niña, tirando al mismo tiempo, con violencia, de los pelos, quedando la cabeza de la criatura completamente separada del cuerpo.

La víctima no lanzó ni un grito. La muerte fué instantánea Enriqueta se miró las manos y vió que estaban cubiertas de sangre; tiró la cabecita al suelo y salió corriendo de la habitación, dirigiéndose á la de los señores. Al cabo de un instante, no sintiendo ruído alguno, volvió á su dormitorio, se secó las manos sin lavárselas y se sentó cerca del lecho.

Poco después, oyó una voz en la escalera, que decía:

—Enriqueta, bajadme la niña, que voy á llevarla de paseo

Enriqueta abrió la puerta del cuarto y miró por el hueco de la escalera. La mujer Belon subía.

—¡Enriqueta! Traedme la niña.

Con voz sombría, Enriqueta respondió:

—¡Ha muerto!

La madre creyó que se trataba de una broma de mal género

—Vamos, dadme la niña.

—Os digo que ha muerto—repitió la miserable—. Vedla.

Con el terror que es de suponer, la pobre madre vió el cuerpo de su hija y la cabeza en el suelo, y empezó á dar voces pidiendo socorro.

La criminal aún tuvo sangre fría suficiente para coger la cabecita y arrojarla por la ventana á la calle, en el preciso momento en que el padre salía de la tienda, al oir los gritos de su mujer.

Con el espanto consiguiente, vió la cabecita de su hija. Se dirigió presuroso al hotel, con no pocos vecinos, que querían lynchar á la criminal, y gracias á la prontitud con que acudió la Autoridad, la criminal no recibió el castigo en el acto.

* * *

La instrucción no podía ofrecer dificultades, pero advertida la Justicia por el crimen de Papavoine, reclamó el concurso de la ciencia.

Poco después de ser detenida Enriqueta, fué reconocida por un médico que declaró que estaba tranquila, el pulso era regular, notándose profundo decaimiento.

La instrucción continuó hasta el 20 de febrero de 1826 sin dar el menor resultado, y sin que el magistrado instructor encontrara nada que justificase el crimen.

El hermano de Enriqueta pretendía que estaba loca y pedía que fuese puesta en observación durante un período bastante largo y sometida á examen de especialistas en enfermedades mentales.

Enriqueta fué trasladada á la Salpêtrière y colocada bajo la inspección de tres médicos, entre ellos el doctor Esquirol, uno de los mejores alienistas de la época.

La criminal permaneció en observación del 25 de febrero al 3 de junio, y transcurrido este tiempo los médicos manifestaron que sólo habían notado en ella gran abatimiento y lentitud para manifestar el pensamiento.

Enriqueta no estaba loca. La causa se vió ante el Tribunal el 24 de junio, conservando la misma actitud que durante la instrucción del proceso, y sin dar otra explicación del suceso que ésta:

—Lo he hecho sin darme cuenta, á pesar mío.

—Antes del 4 de Noviembre—preguntó el presidente—, ¿no habéis tenido la idea de matar á algún niño?

—No—respondió ella.

—¿En qué momento se os ocurrió cometer el crimen?

—De pronto.

—¿Cuando vísteis á la niña en casa de la frutera?

—¡No! Cuando la eché en la cama.

Los médicos fueron citados. El Dr. Esquirol describió una enfermedad, por entonces poco definida, la *monomanía*, en la cual, una persona, gozando aparentemente de razón, la perdía en un solo punto, siendo capaz de violencias, de las que ella era irresponsable, conservando el recuerdo sin sentir remordimientos.

Gracias á esta declaración, la ogresa sólo fué condenada á trabajos forzados á perpetuidad.

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN

Pronto un gran pateamiento de caballos anunció la presencia de los inquisidores.

Los consejeros de la Suprema, los inquisidores ordinarios y los miembros del clero, formando una inmensa cabalgata, seguían á los mártires.

El inquisidor general cerraba la marcha, escoltado por sus guardias de corps, y José iba algunos pasos delante de él.

A medida que desfilaba la cabalgata, algunos garduños se escabullían á los dos lados.

En el momento en que pasó el inquisidor general, Manofina, seguido de su fiel Culebrina, se puso humildemente á caminar al lado de él, orando aún con más fervor que los otros.

Algunos instantes después se oyó un ladrido prolongado; era la señal que debía advertir á Mandamiento que la procesión había salido toda.

Entonces el maestre, que era el punto de mira de los garduños, hizo la señal de la cruz y besó la medalla de su rosario.

Apenas había hecho esta señal, convenida en la víspera, cuando los dos guapos que estaban cerca del gobernador, separaron violentamente á los familiares que lo llevaban, levantaron á Manuel de Argoso en sus brazos de hierro, mientras que los chivatos contenían á los familiares, y se alejaron con la rapidez del rayo.

El gentío abrió espontáneamente paso para favorecer la fuga; y los garduños desaparecieron como por encanto en las calles tortuosas de Sevilla.

Los religiosos que escoltaban al gobernador, así como los que habían visto el golpe, espantados y temiendo una revolución, arrojaron á lo lejos el crucifijo y quisieron escaparse; pero la multitud se había apiñado alrededor de ellos y les fué imposible salir.

Los garduños se habían escurrido prudentemente uno después de otro; los demás habían continuado orando y siguiendo la procesión.

El inquisidor general, á causa de la distancia, no había notado nada.

Oyóse otro ladrido á algunos pasos de Mandamiento, y al punto el guapo, con la rapidez de un chacal, saltó sobre la grupa del caballo en que iba el inquisidor general, clavóle el puñal en medio de las espaldas, volvió á bajar tan aprisa y se alejó con tanta rapidez, que fué imposible ver quién había dado el golpe. La multitud también se había separado para favorecer al guapo; pero al momento en que Manofina había saltado del caballo, cogiendo la serena por el brazo á un esbirro del Santo Oficio, se puso á gritar:—¡Este, éste es, éste es el asesino que ha querido matar á monseñor Arbués!, y le detenía con toda su fuerza, para dar tiempo á Manofina de alejarse.

Este incidente había sido tan rápido, que apenas pudieron apercibirlo los que iban inmediatamente delante del inquisidor; sólo José, atento á todo lo que pasaba, frunció las cejas con aire descontento en el instante en que Manofina hirió al inquisidor.

Pedro Arbués, herido por una puñalada que necesariamente debía ser mortal, ni siquiera había vacilado, y los inquisidores y el clero no se volvieron hasta oir los gritos de la serena; y corrieron entonces alrededor de Pedro Arbués, que orgulloso y tranquilo los miraba con sonrisa de triunfo.

—No es nada—dijo á los que le interrogaban—; un impío ha querido matarme; pero Dios me protege—añadió con aire hipócrita—, el puñal sólo ha agujereado la túnica.

Y mostró en efecto un simple rasgón en su túnica violada, que sólo atestiguaba el atentado de Manofina.

A esta vista, un rayo de alegría brilló en los ojos de José.

—¡Dios ha hecho un milagro en favor de su eminencia!—exclamaron algunos frailes.

Y el pueblo, ingenuo y crédulo, volvió á venerar al que poco antes maldecía en su alma, porque creyó en una intervención divina en favor de su verdugo.

El pueblo no sabía que Pedro Arbués llevaba una coraza debajo de su vestido.

Entretanto, los esbirros habían detenido á aquel camarada suyo que Culebrina designó como el asesino, y la amante de Manofina se mezcló entonces entre la multitud de las otras mujeres que oraban siguiendo la cabalgata. Nadie pensó en denunciarla, aunque no la considerasen extraña á esta tentativa de asesinato contra la persona «sagrada» del inquisidor general de Sevilla; y además, la acción de Manofina había sido tan rápida, que nadie hubiera querido creer el testimonio de sus propios ojos, y que muchos decían entre sí:—Aquel á quien esta mujer acusa tal vez es realmente el culpable.

Todo esto fué muy rápido, y el orden de la procesión no se interrumpió por ello; únicamente se envió un diputado á su eminencia para participarle el rapto del gobernador.

A esta nueva, Pedro Arbués sólo frunció las cejas y dijo fríamente:

—Bien está; nada debe detener ni turbar esta augusta ceremonia. Marchemos, es preciso no hacer aguardar á su majestad. Después del auto de fe haremos buscar y perseguir á los culpables.

La procesión continuó su marcha, interrumpida por un momento.

Durante este tiempo, un fraile dominico había salido con los otros del palacio del Santo Oficio; después, en vez de seguir la procesión, se escurrió entre la multitud y llegó á la calle donde vivía Juana. Al estar delante de la puerta de la casa morisca, abrióla con una llave que llevaba en la mano, entró y cerró la puerta tras sí.

Este fraile era Dolores, con lo cual José había cumplido su promesa.

XXXIV

El auto de fe.

Mientras que la procesión salía del Santo Oficio, la plaza mayor, en que debía celebrarse el auto de fe, se llenaba poco á poco de gente.

En la más ancha fachada de la plaza, delante del palacio ó más bien de la casa ocupada por el rey y su comitiva, que pertenecía al duque de Medinaceli, había levantado un cadalso de cincuenta pies de largo, al nivel del balcón real.

A la derecha del cadalso, y en toda su latitud se levantaba un anfiteatro destinado á los consejeros de España, y encima de esa gradería veíase el asiento destinado al inquisidor general. Este asiento era mucho más alto que el balcón del rey, porque el inquisidor representaba el poder papal, que es superior á todos los poderes terrestres.

A la izquierda y frente al primero había otro anfiteatro, destinado á los condenados, y en medio, frente al balcón del rey, había otro muy pequeño, en el cual estaba colocadas dos jaulas, en las que se encerraba á los reos mientras que se les leía la sentencia.

Frente á esas dos jaulas había dos púlpitos; debajo del primer anfiteatro, un altar, y cerca del altar estaba clavada una cruz verde, cubierta con un crespón negro.

Rodeaban el resto de la plaza los balcones destinados á los embajadores, á los grandes de la corona y tablados para el pueblo. Numerosos dominicos arrodillados en el centro oraban con humilde fervor; otros celebraban misas sin interrupción. Esos frailes estaban allí desde el día antes, ayunando y orando por la redención de sus víctimas.

¿Al fanatismo de aquellos que estaban de buena fe, cuyo número era muy corto, qué nombre podía dársele?

En medio de la plaza, en un ancho y permanente cadalso de piedra, se podían contar quince hogueras formadas de leña resinosa, de sustancias oleosas y de paja, para que la combustión fuese más rápida.

Cada condenado tenía la suya, cual un lecho ardiente en que debía terminar su terrible agonía.

(Continuará.)

Curiosidades.

Un proyectil mayúsculo.

Lo es el que representa el adjunto grabado, reproducción exacta de una fotografía, y que, como supondrán los lectores, ha sido construído en los Estados Unidos, que es donde se fabrica todo lo que se sale de lo normal.



El proyectil, llamado 26 A. P. Scheli, mide 1,80 metros de alto y pesa 2.400 libras; lleva una carga de pólvora de 125 libras, y su velocidad es de 767 metros por segundo. ¡Una friolera!

Es el proyectil más potente que se conoce, y se cree que no habrá blindaje que pueda resistirle, porque bueno es advertir que el proyectil es utilizado por la artillería de la Marina de guerra yanqui.

En la India existe una cárcel (en Rangín) donde las ratas abundan tanto, que á los presos se les rebaja un día de prisión por cada una que matan.

Madre indigna.

El día 6 del pasado, supo el comisario de Policía de París, M. Philppon, por rumor público, que una niña de un año, Juana Léger, cuya madre Leonie, de treinta y dos años, habita con su amante en Nanterre, se encontraba en un estado de debilidad extrema, á causa de las privaciones y malos tratos de que era objeto.

El magistrado, acompañado del secretario y de algunos agentes, se dirigió al lugar indicado por los vecinos, que era en la calle de Fontenelles, 8. Allí, en un miserable cuartucho, vivían los esposos Tomy con dos hijos. La mujer Léger, querida del marido, vivía allí también con sus tres hijas (la menor de ellas era la víctima). El cuerpo de la niña más bien parecía un esqueleto, teniendo varias señales como de golpes.

La llegada de la Policía produjo al principio movimiento de curiosidad entre los vecinos, curiosidad que se convirtió en indignación al saber lo que motivaba la visita y el resultado del registro. Más de doscientas personas se situaron en la puerta y al salir la mujer Léger detenida, costó no poco trabajo á los guardias librarla de la ira popular. La niña mártir ha sido conducida con sus dos hermanas á la asistencia pública.

Bolsillero sorprendido.

Hace pocos días que un diputado francés se dirigió á un kiosco de periódicos y adquirió una Revista, guardando distraídamente el bolsillo de plata en el gabán.

Un bolsillero, en traje de ciclista, sin duda para no inspirar sospechas, vió al representante del pueblo y se apoderó con facilidad suma del bolsillo, corriendo luego para ponerse á salvo.

Pero el ratero no había contado con la huéspeda, y es que un periodista, provisto de una máquina fotográfica, se apercibió de la operación del randa, sacando una instantánea en el preciso momento en que sustraía el bolsillo.

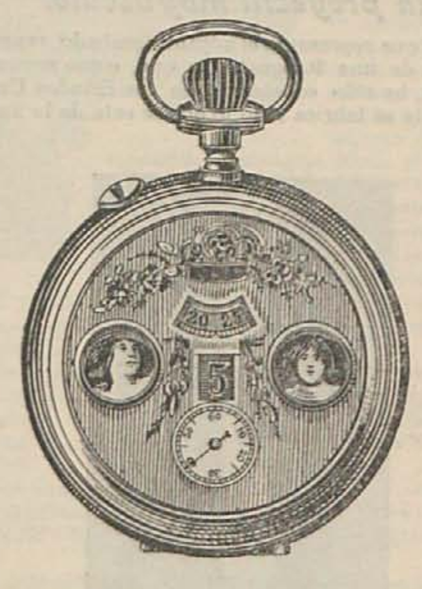
Obtenida una prueba, el periodista la entregó en las oficinas de Policía, pudiendo así los agentes detener al ladrón, que es uno de los más distinguidos bolsilleros de París.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, **Fuencarral, 59. — Madrid.**



Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.



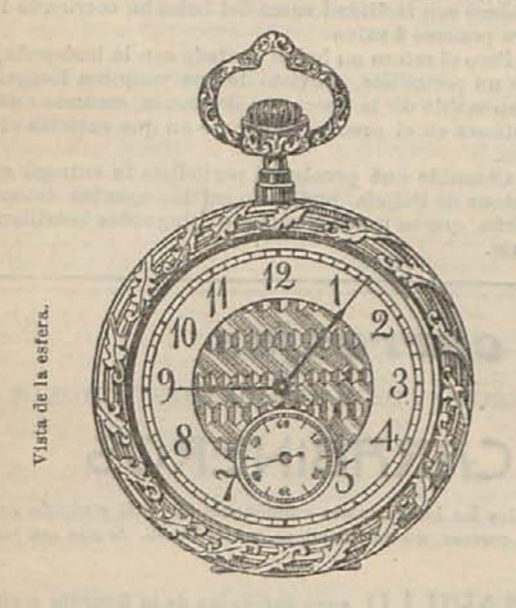
En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.

El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.



Vista de la esfera.



Vista del dorso.

El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal símil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.—Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 264.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.